

Timur Vermes

Los hambrientos y los saciados





Seix Barral Biblioteca Formentor

Timur Vermes

Los hambrientos y los saciados

Traducción del alemán por
Carmen Gauger

Título original: *Die Hungrigen und die Satten*

© Timur Vermes, 2018

Publicado originalmente en Alemania por la editorial Eichborn. Una división de Bastei Lübbe AG. © Bastei Lübbe AG, Colonia, 2018

© por la traducción, Carmen Gauger, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: octubre de 2019

ISBN: 978-84-322-3555-9

Depósito legal: B. 18.413-2019

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

El refugiado intenta andar con absoluta normalidad, cosa nada fácil porque ni a él le resulta normal. No sabe decir aún si su modo de andar parece así más natural. Sólo sabe que eso de andar con normalidad tampoco le sale bien, porque las miradas de los otros le ponen nervioso. Por eso agacha un poco la cabeza, pero la táctica es equivocada, lo nota enseguida en las reacciones: probablemente ahora parece una cigüeña jorobada. Más vale sacar pecho, alzar la cabeza y sonreír.

Mejor.

Sólo debe procurar no empezar a sonreír con benevolencia, como la anciana reina de los ingleses.

¿Debería haberlo hecho antes? En el fondo no ha sido posible. A decir verdad, no ha reflexionado tanto sobre ello. Ni siquiera ahora está seguro de haberlo hecho bien. Sea como sea, ya no puede cambiar nada.

Poco a poco se va relajando; la sonrisa ya no es forzada. Lentamente va adaptándose a su nuevo papel. Claro, es lógico que todos lo miren. Cómo podría ser de otra manera: cuando cada día es exactamente igual que el anterior, los cambios más insignificantes son algo sensacio-

nal. Lo interesante es que esa actitud suya, más segura, produce reacciones distintas. Hay menos risitas y a menudo le hacen gestos de ánimo o de aprobación. Dos niños corren detrás de él, del mismo modo que a veces corren detrás de los coches. Podrían ser más, pero entonces llega de verdad un coche y su nube de polvo arrastra a los niños consigo.

El refugiado empieza a jugar con la nueva situación. Una niña lo mira y él responde a su mirada con un paso de baile. Ella se echa a reír. Es una buena sensación. Ha estado bien. Ha valido la pena. Seguramente tendría que haberlo hecho antes. El refugiado dobla la esquina y ve a Mahmoud.

Mahmoud está sentado en el suelo y observa a un grupo de chicas. El refugiado mete las manos en los bolsillos del pantalón y se para al lado de Mahmoud. Mahmoud ni se inmuta.

—Eso no sirve de nada —le dice el refugiado.

—Eso no se sabe —afirma Mahmoud sin alzar la vista.

—Se sabe. Miras mal.

—Miro como miran todos.

—Eso es, justamente —replica él—. Todos miran a Nayla, todos miran como tú. ¿Cómo va a notar ella que eres especial?

—Porque no se trata de Nayla.

—¿Sino... de Elani?

—Tal vez sí. Tal vez no.

—En ese caso, la cosa sería aún más idiota.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque también a Elani le parece que miras a Nayla. Así que Elani también piensa que eres como todos.

Mahmoud echa la cabeza hacia atrás y levanta la vista hasta que puede ver al refugiado:

—¿Tienes un plan mejor?

—¿Por qué no te vas simplemente hacia allá, con total tranquilidad, de forma que Nayla se ponga a pensar ya cómo decirte que no? Y cuando estés junto a ella, cuando Nayla empiece a abrir la boca, entonces te vuelves de pronto hacia Elani.

Mahmoud reflexiona sobre la propuesta y dice finalmente:

—Ése es tu estilo. A ti te gusta hablar. A mí, mirar. Mi fuerza reside en la mirada. ¿De dónde has sacado esos zapatos?

Mahmoud ni siquiera ha mirado hacia abajo. Quizá su fuerza resida, efectivamente, en su mirada.

—Se ahorra un poco cuando no se fuma —dice el refugiado, y ofrece unos cigarrillos a Mahmoud.

Mahmoud coge uno y dice:

—Pero se ahorra más cuando se gorronea. —Se pone el cigarrillo detrás de la oreja y, aún en cucullas, se vuelve hacia el refugiado, como un mecánico de coches que examina una avería.

—Tienen buena pinta —dice con tono elogioso—. Incluso parecen auténticos. Si no supiera que aquí es imposible conseguir unos auténticos diría que...

—Claro que se pueden conseguir aquí.

El refugiado se mete de nuevo la cajetilla por la manga izquierda de la camiseta y la deja sujeta sobre el hombro. Eso no hace más atractivos ni la cajetilla ni los cigarrillos, pero se ve enseguida que tiene cigarrillos. Y los cigarrillos son imprescindibles en todos los campos, incluso para el no fumador. Con ellos uno puede hacer contactos, o algo bueno por alguien sin darle gran importancia. Todo el mundo necesita cigarrillos, si no para uno mismo, para sus padres y hermanos o para un amigo como Mahmoud.

Mahmoud, impaciente, da unos golpes en la pierna del refugiado. La sacude sin cesar hasta que el refugiado la levanta por fin para que el experto en zapatos pueda dar su opinión también sobre la suela.

—Cosa fina, el color. ¿Quién te los ha dado? —pregunta desde abajo—. ¿Mbeke? Entonces no son auténticos.

—En efecto.

—Ah, ¿lo ves?

—¿Cómo que lo ves?

—Que no son auténticos.

—No. No son de Mbeke.

—¿Pues de quién, si no? Ndugu no vuelve a meter la nariz en negocios de zapatos, eso seguro.

—Es que tampoco son de Ndugu.

—Entonces sí que no son auténticos.

—Serán entonces zapatos *fake*. —El refugiado se ríe.

Mahmoud se incorpora.

—¡Bueno, dilo de una vez!

—¿Y si son de Zalando?

—¡Zalando no vende zapatos!

—A lo mejor hace una excepción conmigo.

Mahmoud lo observa fijamente. Nadie sabe cómo se llama realmente Zalando. Lo único que saben todos es que trabaja para la organización y que es alemán. Y que siempre da la misma respuesta cuando le piden un favor. «¿Por qué me preguntas?, ¿acaso soy Zalando?» Una respuesta estúpida, si nadie sabe cómo se llama de verdad. Quizá sea en efecto el famoso Zalando.

—Bueno, entonces no me lo digas —suelta Mahmoud. Se quita el cigarrillo de detrás de la oreja y se lo ofrece al refugiado con mirada interrogante.

El refugiado saca el mechero del bolsillo. Quien quiere hacer feliz a alguien con un cigarrillo también ha de

poder encenderlo. De lo contrario, la gente busca a alguien que tenga fuego y entonces resulta imposible iniciar una conversación aceptable. Ya no escuchan, olvidan la mitad o ni siquiera se enteran. Mahmoud y él caminan en silencio por la calle polvorienta. Mahmoud mira su smartphome.

—En Berlín están comiendo ahora patatas cocidas y manitas de cerdo.

—¿Y quién quiere ir a Berlín?

—Yo no.

—Yo tampoco.

—¡Aquí se está bien! —exclama Mahmoud.

—Se está de maravilla —responde el refugiado abriendo los brazos—. Las piedras más bonitas del mundo. Sol gratis. ¿Qué hay en Berlín que no haya aquí?

—Mujeres rubias —dice Mahmoud, y da una calada al cigarrillo.

—¿Y qué? ¿Quién quiere mujeres rubias?

—Yo. Para probar.

—Pero ¡Mahmoud! —El refugiado se pone frente a Mahmoud, lo agarra suavemente por los hombros y lo mira a la cara con seriedad—. Las mujeres rubias las hace el diablo. Quien deja entrar a rubias en su casa cosecha desdichas. Caes enfermo. Tus campos se secan. Hazle caso a tu anciano padre: una mujer rubia te maldecirá y todas tus cabras morirán de hambre.

—¡Qué buena suerte la mía! Mis cabras ya han muerto todas de hambre. Ahora tengo derecho a una mujer rubia.

—Tú nunca has tenido cabras.

—Tanto mayor es la injusticia. Entonces me tocan dos mujeres rubias.

El refugiado se ríe. Mahmoud también.

—Pero bueno, ahora dime: ¿de dónde has sacado los zapatos?

—Los he comprado.

—¿Nuevos?

—Nuevos.

—¿Y de dónde has sacado la pasta?

—Tú también tienes pasta.

—Sí. Pero no la gasto. En cualquier caso, no en majaderías como unos zapatos.

—Entonces, ¿en qué? ¿En un traficante?

—Puedes apostar el cuello. Pero en un traficante de primera.

—¡Mira, mira! —se burla el refugiado—. Conque en un traficante de primera.

—Fíjate. Otro que hace planes de viaje.

Eso va por Miki. Miki está detrás de la barra de su bar, en la autopista del campamento. Lo ha construido clavando tablones de madera y tablas de aglomerado; trozos de chapas onduladas y el capó de un viejo Mercedes se encargan de dar sombra. Al principio quería pintarlo todo del mismo color. Pero cómo son las cosas: cuando no viene alguien de visita, se pone a llover, y cuando no llueve, tu mejor amigo no te ayuda porque tienes algo con su mujer: así han pasado cinco años y uno sólo espera ya a que el bar se derrumbe para construir otro nuevo. Pero, por desgracia, es demasiado sólido.

El bar no es tan pequeño como para que Miki pueda regentarlo sin que alguien le moleste. Pero es lo bastante pequeño para que las mafias no se fijen demasiado en él. Sin protección de las mafias, por otra parte, no consigue siempre electricidad para el frigorífico.

—¿Y si me voy de viaje?! —Mahmoud se detiene—. Este asqueroso agujero no es la meta soñada para todos.

—No estés tan seguro —dice Miki—. ¿Qué te parece esto? —Mete la mano debajo de la barra y les arroja a los dos, al otro lado de la calle, un cubito de hielo—. ¿Una bebida fría antes del gran viaje?

El refugiado quiere coger al vuelo el trozo de hielo, pero Mahmoud se le adelanta y se lo mete en la boca.

—No, gracias, ya tengo una.

—Ven —dice el refugiado—. Te invito. —Empuja a Mahmoud hacia la barra de Miki—. Dos. De importación. Y ábrete una también.

—Gracias, caballero —dice Miki con elegancia, y pone sobre la barra tres botellas, una para él. Mahmoud está bastante sorprendido.

—Primero zapatos nuevos, ahora cerveza de importación. ¿Se me ha escapado algo?

—Aún no lo sé —responde el refugiado—. Bébetela y ya está. A lo mejor también ha sido un error.

—Seguro que no —asegura Mahmoud.

—La cerveza nunca es un error —afirma Miki tomándose un trago largo. Hace mucho calor.

—¿Habrán caído los precios de los traficantes? —insiste Mahmoud.

—Los de tu traficante seguro que no —bromea el refugiado inclinándose hacia Miki—. Es que Mahmoud ahorra para un traficante de primera.

Miki pone cara de asombro.

—Exactamente —dice Mahmoud—. Oíd bien: este que veis aquí no viaja en un camión estrecho y oscuro.

—¿Cómo, entonces? —Miki se apoya en el frigorífico. Coge de la balda un vaso de cerveza y empieza a sacarle brillo como si de un momento a otro fuese a llegar alguien que bebe la cerveza en vaso.

—Este hombre se tumba tranquilamente a la sombra

hasta que llega el traficante. Con un gran Mercedes. De asientos color crema. Luego el traficante sale de un salto por la portezuela. Viste un uniforme como el de los hombres que esperan delante de los hoteles caros y lleva una sombrilla. Se apresura a rodear el automóvil y me abre la puerta diciendo: «Entre, por favor, Bwana Mahmoud».

—¿Se apresura a rodear el coche para abrirte la puerta? —Miki sostiene el vaso a contraluz y lo examina.

—Como os digo, incrédulos. Y yo me monto y luego cruzamos la frontera. Y él conduce apaciblemente y me pregunta si me gusta la región. «Puedo ir también por una zona diferente, como prefiera, Bwana Mahmoud.» Y yo digo: «No, no, está bien así. Lo importante es que no lleguemos demasiado pronto».

—Eso va a ocurrir, desde luego —se burla Miki.

—Bueno, tú te lo tomas todo a broma porque no tienes ni idea. Porque no sabes nada de Alemania. Pero yo estoy enterado y sé que a los alemanes no les gusta que uno llegue pronto.

—Que uno llegue tarde —lo corrige el refugiado.

—Y pronto tampoco.

—¡Memeces!

—Eso dice también el traficante, pero te aseguro que no son memeces. Porque es desagradable para el nuevo Merkel que yo llegue y él no haya preparado aún mi habitación. Así que le digo: «Cruzemos otra vez la frontera», y él me responde: «Podemos cruzar la frontera cuantas veces desee, Bwana Mahmoud. Pero el nuevo Merkel ha llamado antes por teléfono y ha vaciado dos hoteles para usted; debería elegir uno». Y luego —prosigue Mahmoud, satisfecho, tomando un gran trago de cerveza antes de posar la botella, con gran indolencia y precisión, sobre el círculo húmedo que ha dejado en el tablero de madera—,

luego digo: «Me quedo en el hotel que tenga el retrete y la habitación en la misma planta».

—Un buen plan —dice el refugiado.

Coge su cerveza, la hace chocar con las botellas de Mahmoud y de Miki y bebe.

—Bueno —dice Miki—, pero mal hecho. Si aquí hay alguien que no se mete en un camión estrecho y oscuro, es este menda. —Y al decirlo se señala a sí mismo con el pulgar—. Porque este menda se queda aquí. Aquí, en este agujero asqueroso. Pero a ti, amiguito, a ti van a desplumar y luego arrastrarán tu cadáver hasta el desierto. En una carretilla color crema.

—Aguafiestas —dice Mahmoud.

—Pero lo mejor es esto: yo ya estoy donde tú quieres ir. Porque aquí el retrete está en todas partes en la misma planta. Una habitación así no la encuentras en toda Europa: cincuenta kilómetros cuadrados. ¡La mayor suite del mundo!

—¡Jaaa, jaaa! —ríe Mahmoud.

No mira ni a Miki ni al refugiado, sino más allá de las tiendas de campaña, al infinito cielo azul. El refugiado nota que Mahmoud ya no quiere mirarlos a la cara. La fantasía era quizá exagerada, pero bonita, y en sus semblantes Mahmoud podría reconocer cuánta razón tiene Miki. Ha pasado demasiado tiempo desde el momento en que Alemania abrió sus puertas. En aquel entonces, cuando tenían a una mujer como Merkel. A quien entonces estaba en el radio de acción le tocó el gordo de la lotería. Pero eso no se repetirá. Ellos llevan ya año y medio allí metidos y así continuarán tiempo y más tiempo.

El refugiado da media vuelta y se pone junto a Mahmoud, de espaldas a la barra. Mira la calle. Es por la tarde y los niños más fuertes y rápidos vuelven de recoger leña.

La primera vez que, estando en el campamento, el refugiado se fijó en ellos, ya habían terminado la recogida a mediodía. Pero los caminos se vuelven más largos si millones de personas necesitan leña para hacer fuego, ramas, maderas, estiércol, lo que sea. Millones, y cada día son más. Es así de sencillo: llega más gente, pero no se marcha nadie. Antes la afluencia de personas se repartía desde allí: a Marruecos, a Libia, a Egipto, o también de vuelta a los países de origen. Pero eso era antes. Antes de que Europa cerrase progresivamente las fronteras.

Se les acerca un perro color arena. Ya no queda mucho perro, en realidad, lo que hay allí es una especie de cesto revestido de piel, jadeante y con patas. Examina el suelo, la mirada observa atentamente los bordes de la calle. No va a ninguna parte a husmear, ve que allí no hay nada que husmear. Luego se detiene y vuelve la cabeza hacia los tres hombres de la barra. Tiene sólo un ojo, pero en el campamento eso basta. Nadie llama al perro, pero tampoco nadie le tira piedras. El perro decide que vale la pena menear el rabo.

Miki hace un gesto cansino con la mano. El perro deja de menear el rabo y sigue su camino. De un modo parecido se ha imaginado Europa lo de los refugiados.

Cuando la gente se metía en las pateras, Europa trató de cerrar el Mediterráneo. Y una vez que Europa se percató de que no era posible cerrar un mar entero, de que ni siquiera podía mantenerse vigilada una costa sinuosa de decenas de miles de kilómetros, trasladaron otra vez la frontera a tierra firme, pero esta vez a África. Pagaron a Argelia, a Túnez, a Egipto y a Marruecos, y un poco también a los libios, pero menos, claro. Porque en Libia siguen sin saber a quién tienen que ponerle el dinero en la mano. Sin embargo, eso no les ha bastado a los europeos.

También porque los norteafricanos se volvieron más avispados: a veces reflexionaban en voz alta sobre lo que pasaría si alguna vez no vigilaban tan cuidadosamente esas fronteras. Lo aprendieron de los turcos; observándolos, vieron cuánto respeto y cuánta consideración puede obtenerse si se maneja con habilidad la palanca de los refugiados. Así que los europeos recurrieron otra vez a su dinero y trazaron la siguiente línea al sur del Sáhara. Por eso, cuando Mahmoud sueña con el traficante de primera, a él no le hace gracia. Porque, en realidad, ya sólo hay traficantes de primera.

—Os voy a revelar el secreto —dice el refugiado sin dirigir la vista a los otros dos.

Su mirada vaga por el campamento, por el interminable campamento. Ya ha llegado varias veces hasta la linde de ese campo de refugiados. Es posible, si se tiene mucho tiempo. Se ve entonces a un lado la nada, y en la nada hay polvo y arena y piedras y nada más entre la nada. Y al otro lado, tiendas y cabañas que parecen tiendas, y tiendas que parecen cabañas, y tiendas remendadas y tiendas agujereadas y tiendas abandonadas y tiendas abarrotadas y, si no se tiene nada que hacer, entonces uno puede reflexionar sobre qué espectáculo es más deprimente. Si uno no acaba de decidirlo, entonces se va a dormir y regresa sin más unos días después. Se podría volver también al día siguiente, pero quien está medianamente en sus cabales no se inflige semejante castigo.

—Os voy a revelar el secreto —repite el refugiado.

—¿Hummm? —Miki hace chirriar el vaso.

—Detrás de los zapatos.

—¿Hay un secreto en los zapatos?

Mahmoud señala en silencio hacia abajo. Miki parece que está inclinándose sobre la desvencijada barra; el refu-

giado lo nota porque el tablón de cantos vivos le está perforando con un crujido los omóplatos. Luego cesa la perforación y Miki dice:

—¡Oooh! ¡Zapatos nuevos!

Lo de los traficantes fue el mayor embuste de todos: que querían combatir a los traficantes, dijeron. Y, sin embargo, los gobiernos no pueden combatir a los traficantes. Es lo mismo que ocurre con las drogas, las putas y el alcohol. En lo único que pueden influir los gobiernos es en el precio: cada policía, cada barco de guerra que envían, al final lo único que hacen es subir los precios, y eso fue justamente lo que ocurrió: los precios subieron y siguen subiendo. Las tarifas ya sólo pueden pagarlas unos pocos, lo que viene a significar, al fin y al cabo, que ahora los traficantes ganan más trabajando menos. Y no sólo eso: también tienen que entregar menos de ese dinero porque nadie más participa en el negocio.

Antes, cuando aún funcionaba lo de los botes hinchables, eso era un mercado de masas organizado por toda África. Siempre había algunos que tenían que transmitir información, que daban puntos de encuentro, que reunían clientes para los transportes, que agenciaban chalecos salvavidas. Un bote así lleno de gente necesita un montón de recaderos que van y vienen, necesita un piloto. Y hasta quien no tenía dinero podía ganarse la travesía declarándose dispuesto a hacer de timonel. Aquello era al menos una perspectiva bastante razonable para todos los implicados, porque hasta el último idiota sabe manejar el timón de un bote hinchable. Pero ¿ahora?

Ahora ya no se envía a ochenta personas en un bote hinchable, sino a ocho personas en un avión pequeño. O en un helicóptero viejo. El piloto es una persona cualificada. El avión o el helicóptero hay que mantenerlo y re-

visarlo, pero eso también pueden hacerlo sólo los expertos. Ahora, para los traficantes sólo trabajan expertos. Y los ayudantes, que ya están de más, van abarrotando los campos de acogida.

—He llegado a la conclusión de que ahorrar es inútil —dice el refugiado.

—¿Así que te das por vencido? —dice Mahmoud.

—No estoy diciendo eso. Digo que ahorrar es inútil.

—Buena actitud. —Miki le da desde atrás golpecitos en la espalda—. ¿Otra cerveza?

—Digo que ahorrar es inútil. Pero eso no quiere decir que empinar el codo sea útil.

—¿Y cómo pretendes reunir la pasta entonces?

—Ni idea. Pero explícame tú cómo puede funcionar esto todavía.

Mahmoud guarda silencio. Qué va a decir: por mucha cerveza que Mahmoud se eche al colete, sabe que el refugiado tiene razón. A la vez que suben los precios de los traficantes, bajan las perspectivas de poder ganar en el campamento el dinero necesario. Aunque el campo tiene ahora más de dos millones de habitantes. Suficientes para formar una ciudad. Pero el campo nunca se convertirá en una ciudad.

Porque el ruinoso país en el que está el campo tiene ya suficientes ciudades que no funcionan. Tiene un gobierno que hace tres años aún no estaba en el poder y que dentro de cinco probablemente ya no seguirá en él. Entre medias se verá atacado repetidas veces por otras dos agrupaciones que podrían gobernar igual y que lo harán sin duda próximamente. Si el campo sigue existiendo y creciendo, se debe sólo a que en él hay algo que no se encuentra en ningún otro sitio: seguridad, aunque lo cierto es que no mucha.

La seguridad proviene del dinero de Naciones Unidas y de los europeos. En contrapartida, el gobierno en funciones ayuda a proteger el campo, ya sea por interés propio, para que siga habiendo dinero y ayuda al desarrollo y el suministro de armas defensivas. En el fondo, alquilan uno de los territorios más estériles del mundo a una tarifa rentable, por lo que los dos grupos rebeldes se esfuerzan más si cabe por formar gobierno y así embolsarse su parte de la cosecha con los refugiados.

Como resultado, hace ya quince años que el campo sigue intacto. Hay suficiente seguridad para sobrevivir, pero no para un futuro. Uno puede amoldarse a la situación en el campo, como Miki. Puede incluso comprar un día otro frigorífico de segunda mano para las cervezas, si quiere creer en tanto futuro. Pero nadie montará ahí una fábrica. Nadie invertirá dinero en ese montón de tiendas que dentro de dos semanas pueden haber desaparecido. Y por eso nadie ofrecerá ahí trabajo, porque ahí, durante décadas, no habrá más que polvo y arena y sequía.

Ahí un hombre no puede ganar nada, y una mujer sólo de la única manera en que lo han hecho las mujeres desde hace milenios. Pero tal como están ahora las cosas, ni la mujer más hermosa del mundo puede follar ahí lo suficiente para alcanzar con sus ahorros los precios que los europeos, con su cierre de fronteras, han impuesto a los traficantes. Eso vale para todos los habitantes del campo, incluido Mahmoud. Para él más aún, ya que a él nadie quiere follarle.

—Ahorrar es inútil —dice el refugiado con toda la calma—. Porque, pese a todo, cada día me alejo más de la suma que quiere el traficante.

—No debe de ser un traficante de primera —apunta Mahmoud.

—¿Eso cambia algo?

—¿Y qué cambio aportan entonces tus zapatos nuevos? —Miki coloca otra vez en el estante el vaso de cerveza—. De todos modos, no vas a ninguna parte.

—Pero se camina mejor.

Eso es cierto, sin ninguna duda. La mayoría llevan chancas de playa o, cuando ya no son niños, pantuflas. Porque los niños van descalzos.

—Como si aquí hubiera que caminar tanto.

—Pero caminar, al menos, no cuesta nada.

El refugiado se interrumpe un momento. En el fondo ha dicho eso sólo por obstinación, aunque tiene la impresión de haber encontrado algo. Una relación causal cuyo nombre aún no puede concretar.

—¿Y qué más? —Mahmoud observa expectante al refugiado.

—No, mira. Yo no puedo permitirme un traficante porque no tengo suficiente dinero. Pero tengo tiempo. A carretadas. Llevo aquí un año y medio. Si hubiera caminado cada día sólo diez kilómetros, habría avanzado cinco mil kilómetros.

A eso Mahmoud, de entrada, no sabe qué decir. Miki tampoco responde nada.

—Cinco mil kilómetros no está nada mal. —El refugiado piensa mientras habla, o al revés. Tampoco sabe adónde quiere ir a parar, pero tiene la sensación de que por alguna parte hay dispersos más pensamientos aprovechables—. Cinco mil kilómetros. Gratis. Y seguiría teniendo el dinero que, de otra forma, se lleva el traficante.

—Claro, y quizá algún extra también —rezonga Mahmoud—. ¿Y de qué vives durante la marcha?

—Cierto: algo tengo que comer y beber. Pero ¿habéis calculado alguna vez cuánto puedo comer y beber con mis ahorros?

—En Berlín, los precios deben de ser para salir corriendo —augura Miki, pero no suena como quien gruñe malhumorado, sino como quien tiene curiosidad. Él también quiere saber adónde llevan esas ideas. Sin que se lo pida, le pone delante al refugiado otra cerveza.

—¡Eh! —protesta Mahmoud—, ¿y yo?

—Imagínate algo bonito y también tendrás la tuya —lo corta Miki.

—Así que tengo algo menos de dinero y he avanzado cinco mil kilómetros...

Mahmoud le echa una mano:

—¿Las fronteras?

—Podría buscar guías. No son tan caros.

—Claro. Están esperándote y te hacen un precio especial. O sea, si yo ofreciera precios especiales, sería a mi traficante de primera. Precios especiales para clientes fijos.

—Sííí —dice el refugiado—, el plan todavía no está muy elaborado.

—Y luego el señor Precio Especial está delante de las instalaciones fronterizas de los europeos. Ellos te dicen que vienes de un país absolutamente maravilloso y que no sabes lo bien que estás allí. Punto final.

—Bueno, está bien...

—Como ahora —dice Miki—. ¿Y para eso te he puesto delante una cerveza?

—¡Yo no he prometido milagros! —El refugiado intenta quitárselos de encima, pero ya es tarde. A veces uno tiene una idea y se ve interrumpido en el momento inoportuno. Y la idea se ha ido. Intenta recuperar el hilo, cierra los ojos y espera atrapar otra vez el flujo del pensamiento, como los sueños de los que uno despierta y a los que puede volver si se esfuerza.

—No tengo dinero, pero tengo mucho tiempo —repite el refugiado—, y tengo dos pies...

—Sí, hasta ahí hemos llegado.

Y entonces siente que el pensamiento se ha marchado definitivamente. Furioso, el refugiado agarra la botella de cerveza y bebe un largo trago antes de que a Miki se le ocurra quitársela. Lo hace a veces, por eso no hay que presentarse ante Miki a horas tardías y borracho, ya que en ese caso uno puede encontrarse con una botella casi vacía.

—Pero una cosa es cierta —resume—: ahorre o no, nunca podré permitirme los precios del transporte.

—Venga, hombre —lo consuela Mahmoud—, eso te lo parece ahora. A lo mejor caen los precios y en un abrir y cerrar de ojos estamos en marcha.

—No caen —dice el refugiado en tono resuelto—. Europa no nos quiere. Nadie nos quiere. Y cuanto menos te quieren, más caro se vuelve el viaje.

A nadie se le ocurre una réplica a eso. Pero para subrayar su determinación, para insistir una vez más en lo correcto de su idea inicial, invita a otras tres cervezas. Y mientras beben y cavilan, no se quita de la cabeza la idea de que acaba de dejar escapar una oportunidad única.